

LA BELLEZA DE LA MADRE, LA BELLEZA DE LA HIJA

Laura Freixas

Voy a hablar del concepto de belleza en el marco de las relaciones madre-hija, tomando como referencia dos textos que conozco bien, el uno por haberlo traducido, el otro por haberlo digamos “inventado”: se trata de las *Cartas a la hija* de Madame de Sévigné (Muchnik Editores, 1997) y de la antología de relatos *Madres e hijas* (Anagrama, 1996). Como Vdes saben, Madame de Sévigné fue una dama francesa del siglo XVII, cuya separación geográfica de una hija a la que ama con pasión (y que al casarse, se va a vivir a Provenza, a 600 km. de París) la lleva a escribirle varios cientos de cartas. En cuanto a *Madres e hijas*, es un volumen de catorce relatos de otras tantas autoras españolas del siglo XX, de Rosa Chacel -la mayor- a Luisa Castro -la más joven-. Quisiera mostrar las numerosas coincidencias, en todos estos textos -que separan, por lo demás, diferencias nacionales e históricas-, en torno al concepto de belleza. Resumiendo brevemente lo que será mi intervención, les diré que las coincidencias que he encontrado son básicamente las siguientes:

1) Belleza como totalidad. En ambos casos (la hija vista por la madre y la madre por la hija), se trata de una belleza que no es sólo física ni tampoco fragmentaria: no está asociada solamente al cuerpo, ni requiere la juventud como condición indispensable, ni descompone, para alabarlas separadamente, las distintas partes de la anatomía. Por el contrario, se refiere al conjunto de la persona.

2) Belleza como magia. Hay en ella un toque mítico o legendario. Puede tratarse de “magia blanca” (la hija vista por la madre) o de magia “blanca” y “negra” a la vez (a los ojos de la hija, la madre está dotada de un poder a la vez fascinante y terrible).

3) Belleza especular. La belleza que la madre ve en la hija (no viceversa) se basa en la identidad: en la hija, la madre ve un reflejo (idealizado) de sí misma.

4) Belleza asexuada, sobre todo en la visión que la madre tiene de la hija.

5) La ruptura. La fascinación mutua entre madre e hija se hace trizas por dos motivos, dos circunstancias igualmente destructivas y que suelen coincidir: una, el que la hija se diferencia de la madre (se niega a seguir siendo su espejo), y otra, la afirmación de la sexualidad de aquélla.

1) Belleza como totalidad

Madame de Sévigné nos presenta una sociedad en que la belleza femenina, dentro de la política matrimonial, es un valor de cambio (unido a otros: el dinero -dote- y el poder -alianzas-); no así la belleza masculina. Veamos el siguiente fragmento, en que la autora alude a la disparidad entre una hermosa joven y su marido, contrahecho, pero duque (y con derecho, por tanto, al taburete, es decir a permanecer sentado en presencia del monarca):

Llegaron después montones de duquesas, entre otras la joven Ventadour, guapísima. Tardaron algunos momentos en llevarle ese divino taburete. Yo me volví hacia el gran maestre y le dije: La pobre, que le den el taburete, ¡bastante caro le cuesta! (1 de abril de 1671)

En la relación amorosa fuera del matrimonio, Madame de Sévigné nos presenta varios casos de lo que podemos llamar fragmentación, por parte del varón, del cuerpo femenino como objeto erótico. El primero que citaremos se refiere a Lauzun, un arribista y mujeriego que tras un fallido proyecto de boda con la sobrina de Luis XIV, fue arrestado, y requisados sus objetos personales:

Se han encontrado, se dice, mil hermosas maravillas en los cofrecillos de Monsieur de Lauzun: retratos sin número y sin cuento, desnudos, uno sin cabeza, otro con los ojos reventados [...], cabellos grandes y pequeños, etiquetas para evitar la confusión. En uno: *bucle* de tal dama; en otro: *cana* de la madre; en otro: *pelo rubio cosechado en buen sitio*. (23 de diciembre de 1671)

El protagonista del segundo es el propio hijo de Madame de Sévigné:

Me decía anoche que durante la Semana Santa, ha sido tan espantoso su desenfreno, que terminó asqueado de todo eso, que le daba náuseas; no se atrevía ni a pensar en ello por miedo a vomitar. Le parecía ver a su alrededor a todas horas cestos enteros de tetas, ¿y qué más?, tetas, muslos, cestos llenos de besos, cestos de toda clase de cosas en una abundancia tal, que tenía la imaginación agobiada y todavía la tiene, y que no podía ni mirar a una mujer: está como los caballos cuando se han hartado de avena. (17 de abril de 1671)

Veamos en cambio su descripción de una mujer de quien se dice que es fea:

Vi a la Delfina, cuya fealdad no es en absoluto chocante, ni desagradable; su cara le sienta mal, pero su talento le sienta perfectamente bien: no hace una sola acción, no dice una sola palabra, que no revelen su mucho ingenio; tiene los ojos vivos y penetrantes; lo entiende fácilmente todo; se comporta con naturalidad, y no se muestra más torpe ni más asombrada que si hubiera nacido en medio del Louvre. (29 de marzo de 1680)

El amor que Madame de Sévigné siente por su hija es muy distinto del amor masculino -sexuado- a una mujer. Es un amor que no idolatra el cuerpo ni lo fragmenta, pero es a la vez un amor en que la belleza es importante (a Madame de Sévigné no le bastan las cartas de su hija: vive rodeada de retratos de ella), y el cuerpo está presente. Es constante la expresión del deseo de ver, abrazar, besar, a la hija ausente; abundan pasajes como este:

Os afirmo y os juro que nunca os he mirado con indiferencia ni con la languidez que da a veces la costumbre. Ni mis ojos ni mi corazón se han acostumbrado jamás a vuestra vista, y jamás os he mirado sin alegría y sin ternura. (12 de julio de 1671)

Igualmente, en los textos de *Madres e hijas* escritos desde el punto de vista de la madre, la belleza de la hija está siempre asociada a la ternura:

Yo me he quitado el guante para sentir la mano de la niña en mi mano y me es infinitamente tierno este contacto [...] le he hecho las trenzas, que salen pequeñas y retorcidas como dos rabitos dorados debajo del gorro.... (Carmen Laforet, “Al colegio”)

2) Belleza como magia

En la imaginación de Madame de Sévigné, su hija se vuelve un personaje legendario, que vive en “el castillo de Apolidón” (un castillo hechizado que aparece en cierta novela de caballerías) y que si su madre dejara abierta la ventana, entraría por ella volando, empujada por el viento de Provenza. La hija es la fuente de todo agrado:

[Vuestras cartas] son agradables, me gustan, las quiero. [...] ¿Es posible que las mías os sean gratas hasta el punto que me decís? A mí no me lo parecen cuando salen de mis manos; creo que se convierten en tales cuando han pasado por las vuestras. (23 de diciembre de 1671)

y hasta de todo sentido:

Todo me falta, porque vos me faltáis. (5 de octubre de 1673)

Parecida magia hallamos en los relatos de *Madres e hijas* en que el punto de vista adoptado es el de estas últimas. Así, la narradora de “Primer amor”, de Cristina Peri Rossi, se compara a sí misma a “una trovadora medieval”, que consagra a su madre “un amor eterno, delicado, fiel y cortés”. La de “Carta a la madre” de Esther Tusquets tilda a aquélla de “princesa”, “reina”, “mito”, “Valquiria”, “Sherezade”, “divinidad” que exige “una devoción monoteísta” (lo que nos recuerda el agudo conflicto que vivía en su conciencia Madame de Sévigné entre el amor a Dios y el amor a su hija: éste era más intenso, hasta el punto de que por dos veces su confesor le negó la absolución, acusándola de idolatría).

Sin embargo, si la magia asociada a la hija es sólo positiva, la que la hija ve en la madre es también terrible. El adjetivo se repite: la narradora del relato de Esther Tusquets atribuye a su madre “una mirada centelleante y terrible que nos podía dejar petrificados”; la del de Ana María Moix (“Ronda de noche”), una “mirada hiriente, terrible” que “deja el aliento y la corriente sanguínea de quien la observa suspensos de un pasmo paralizador”.

3) Belleza especular.

En su amor a la hija (no así en el de ésta hacia la madre), la madre siente una continuidad entre las identidades de ambas, que llegan a fundirse. Son célebres algunas frases de Madame de Sévigné, como aquella en que estando su hija embarazada, ella exclama: “¡Cuánto me pesa vuestro vientre!”, o aquella otra en que preocupada por el efecto que sobre la salud de su hija puede tener el frío viento provenzal asegura: “El viento de Grignan me duele en vuestro pecho”. En otra ocasión, le escribe:

Amaros, pensar en vos, enternecerme en todo momento más de lo que querría, ocuparme de vuestros asuntos, preocuparme de lo que pensáis; sentir vuestros fastidios y vuestras penas, querer sufrirlos en vuestro lugar, si fuera posible; despejar vuestro corazón como despejaba vuestros aposentos de los importunos que veía que los llenaban; en una palabra, hijita, comprender intensamente qué es eso de amar a alguien más que a sí mismo: tal es mi estado. (1 de abril de 1671)

Algo similar encontramos en varios relatos de *Madres e hijas*: en el de Carmen Martín Gaité (“De su ventana a la mía”), el espejo es el objeto simbólico elegido para que ambas mujeres se comuniquen, haciéndose señales de luz de una ventana a otra. Del de Carmen Laforet podemos entresacar frases como estas: “Con los mismos ojos ella y yo miramos el jardín del colegio”, “le gustará porque me gusta a mí”, “no sabré dónde termina mi espíritu ni dónde empieza el suyo”... y

al final del texto, la madre, habiendo dejado a su hija por primera vez en la escuela, se imagina “el aula y la ventana, y un pupitre *mío* pequeño” (la cursiva es nuestra) “desde donde veo el jardín y hasta veo clara, emocionantemente, dibujada en la pizarra con tiza amarilla una A grande, que es la primera letra que yo voy a aprender...”

4) Belleza asexuada

Madame de Sévigné insiste de forma casi obsesiva en recomendar a su hija la abstinencia, una vez que ha nacido el deseado hijo varón:

Hija mía, todo cuidado es poco cuando una está encinta o recién parida, y toda precaución es poca para evitar hallarse en esos dos estados; no lo digo por nadie. (29 de enero de 1672)

Pensad, hija que [el embarazo] es destruiros enteramente, y destruir vuestra salud y vuestra vida. Continúad pues esta buena costumbre de dormir separados. (9 de marzo de 1672)

¿No estará desesperado [vuestro marido], si os ama, de ser la causa de que todos los años sufráis semejante suplicio? (2 de diciembre de 1671)

y a su yerno:

La juventud, la belleza, la salud, la alegría y la vida de una dama a la que amáis, todas esas cosas son destruidas por las recaídas frecuentes del mal que vos provocáis. (18 de mayo de 1671)

Hay que saber que en esa época, el embarazo y el parto presentan numerosas complicaciones (Madame de Sévigné suele comparar este último al tormento de la rueda, que consistía en atar al supliciado a una rueda y quebrarle las extremidades a palos) que desembocaban en la muerte del 10 % de las madres. Aun así, su opinión sobre ese tema no era universalmente compartida, y en particular no la compartía su propia hija. Es algo que podemos deducir de la insistencia de la madre (las cartas de la hija a la madre se han perdido) y de una carta de Madame de Grignan, la hija, a su propia hija, en la que afirma: “Jamás se obtendrá mi compasión por algo tan deseable a mis ojos como la fecundidad”.

En cuanto a *Madres e hijas*, y aparte del relato de Paloma Díaz Mas que comentaré luego, no hay ninguna referencia al carácter erótico de la belleza de la hija, y una sola a la sexualidad de la madre: “Hay que tener piedad y conmiseración por la vida sexual de nuestras madres.” (Cristina Peri Rossi)

5) La ruptura

El relato de Rosa Chacel incluido en *Madres e hijas* (“Chinina Migone”) nos muestra a una madre aficionada al canto, y que responde a la estética modernista: sinuosas formas y larga cabellera. En la infancia de la hija, el padre -que es el narrador- juega a pasar la peineta de la melena de una a la de la otra, subrayando su similitud. Pero ésta se rompe cuando la hija opta por diferenciarse de la madre: se aficiona al cine mudo, del que terminará haciéndose actriz, y se decanta por la estética de los años 30: vestidos largos y rectos, pelo *à la garçonne*. El descubrimiento, cuando la hija ha abandonado el domicilio familiar, de la hermosa cabellera cortada, provoca la muerte de la madre, que el padre describe con esta frase sugerente: “No pude

contener la herida; huía de sí misma por todas sus raíces”.

En el de Soledad Puértolas (“La hija predilecta”), la hija se halla en un tren de regreso a la ciudad en la que vive tras la muerte de la madre, y al mirarse el espejo se encuentra deseable: “Me miro en el espejo del bar. Me gusta esa mujer que sonríe, bebe cerveza, envuelve en una vaga mirada al chico que enciende despacio un cigarrillo...”.

Identidad propia, vida independiente, afirmación de la propia sexualidad: es así como la hija rompe el espejo en el que hasta entonces aparecía confundida con la madre.

Es aquí donde querría analizar el interesante texto de Paloma Díaz Mas, “La niña sin alas”. Se sitúa en un mundo imaginario en que los seres humanos tienen alas, y recuerdan como algo legendario el pasado remoto en el que no las tenían. Pero la protagonista, al quedarse embarazada, recibe la terrible noticia de que su hija es un ser “mutilado”: nacerá sin alas.

A pesar de ello la madre se encariña con el bebé y poco a poco va renunciando a su vida propia (diríamos “a volar con sus propias alas”): deja el trabajo, los amigos y familiares le vuelven la espalda y su marido también termina por abandonarla. Madre e hija son pues dos seres incompletos:

En las largas horas con mi niña en brazos entendía por qué los cuadros antiguos que representan el tema de la maternidad emanan esa ternura para nosotros inexplicable y no nos suscitan el rechazo que sería normal, al tratarse de escenas entre seres mutilados.

Terrible visión de la feminidad como mutilación, que la maternidad -especialmente si es una hija lo que se pone en el mundo- confirma y multiplica... No menos terrible es el final del relato:

Hasta que sucedió lo que tenía que pasar. [...] Bajo las ropas de la cama se marcaba un bulto sospechoso [...] Durante la noche [las alas] habían brotado, rasgando la piel, y la sabanita de abajo estaba ligeramente manchada de sangre. Se me vino el mundo abajo. Supe que sólo podía hacer una cosa. Levanté a mi hija en brazos, le desnudé el torso y mordí con toda la fuerza que me daban la rabia y la desesperación. Me llenó la boca un sabor asqueroso a polvo y ácaros: parece mentira la cantidad de porquería que pueden acumular unas alas en sólo una noche.

Un bulto sospechoso bajo la ropa de cama, la sábana manchada de sangre... Son evidentes -haya sido o no deliberado por parte de la autora- las connotaciones sexuales. El final imaginado por Díaz Mas es elocuente: sólo un acto de violencia, una mutilación real, podría prolongar la relación idílica, aunque incompleta, que une a la madre y a la hija -evitando que la hija ingrese en una vida adulta, completa, aunque bien es cierto que no tan idílica como la infancia.